

Manuel Cuenya

TRASMUNDO



SIL
colección narrativa

eBB
eBooksBierzo

© Manuel Cuenya, 2013

© De esta edición en epub, eBooksBierzo, 2013

1ª edición en ebook, al cuidado de Valentín Carrera.

Fotos interior de [Manuel Cuenya](#)

Diseño portada y colección: Miryam Anllo. DiLab. Urueña

<http://www.di-lab.org/>

ISBN 978-84-940458-3-7

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

<http://www.ebooksbierzo.com/>

Manuel Cuenya

TRASMUNDO



SIL
colección narrativa

eBB
eBooksBierzo

Siete relatos

Siete relatos, los de Manuel Cuenya en este libro, de diferentes registros. Ello muestra el bagaje cultural del escritor.

Unos hurgan en la memoria *-Entre ánimas en pena-* para plasmar las experiencias vitales, positivas y negativas. Otros tienen más que ver con los relatos de viajes *-El duende leonés, Un mexicano en El Bierzo...-*. Uno de los registros literarios lo borda Cuenya: El monólogo interior: rítmico, obsesivo, provocador, intenso.

Buen conocedor de Poe, Manuel Cuenya maneja sabiamente la unidad de impresión. Apréstese el lector, pues, a sentirse secuestrado durante el tiempo que dure la lectura de uno de sus relatos.

CÉSAR CABEZAS



Este Bierzo irredento que es herida
tiene la cruz por los puntos cardinales
y los clavos por sueño y por camino.

NÚÑEZ URSINOS, *Bierzo irredento*
Hay un Bierzo colorido y a flor de piel; y un Bierzo subterráneo y
entrañable.
EL AUTOR

Un mexicano en El Bierzo

Vine a ver a don Bierzo. No lo conozco, pero quisiera saber cómo es.

-Disculpe, ¿sabe quién es don Justo Bierzo? -le pregunté a una señora enlutada y de mirar verde, lleno de encanto.

-Está en El Bierzo -me respondió la mujer en un tono seco pero convincente.

Era una viejecita con cabellos rizados y de color plata. Estaba sentada en un banco de piedra a la puerta de casa, hilando con una rueca y un huso.

La diligente anciana parecía que acabara de salir de una leyenda medieval o de cuento de hadas. Al principio me miró con desconfianza, como si yo fuera a invadir su territorio.

-¿Viene con buenas intenciones?

Le expliqué quién era y de dónde venía. La viejecita estaba un poco sorda.

-Es usted de muy lejos -exclamó ella.

-Perdone que la interrumpa, señora, busco a don Justo Bierzo Losada -le repetí, elevando el tono de voz.

-¡Ay *demoi!*, ¡El Bierzo es una comarca! -respondió la señora, mientras dejaba esbozar una tierna sonrisa-; y le digo más -prosiguió-, está usted

en Albares de la Ribera.

Me invitó a tomar una copa, y quiso que la acompañara a comer.

-Le sentará bien una copina de orujo con arándanos -me dijo con voz aguardentosa y estentórea.

-Se lo agradezco -respondí-. Solamente quiero saber si usted conoce a un tal Justo Bierzo Losada. Es mi bisabuelo.

-No lo conozco -me contestó con cierta extrañeza-, y acto seguido añadió: Soy Leocadia Matarrosa Langre, para servirle. Pase usted, que quiero convidarlo.

Aquella señora parecía que me hubiera estado esperando. Comimos una vianda que, según ella, se llama botillo.

-Pruebe el botillo, que no se arrepentirá.

Me resultó picante y muy sabroso aquel manjar. Aseguraría que estaba aderezado con chile. Continuamos platicando durante la comida. Ella no se cansaba de repetirme: "Jante botillo, que ennoblece la sangre y orea el alma".

En Albares de la Ribera y alrededores aquella amable señora era conocida por La Gallarda, y en ocasiones -me dijo- los del pueblo le llamaban La Serrana de la Vega. "Qué chistosos nombres", pensé. "En esta tierra la gente, al menos, tiene buen sentido del humor".

-¿Quiere que le recite unos versos sobre el botillo berciano? -me preguntó. Y antes de que pudiera responder a su pregunta, ella ya había comenzado:

*Ansiosos los dioses
que por degustarte penan,
y los no endiosados
también te desean.*

La Gallarda, que en su juventud debió haber sido una linda y seductora dama, me contó que en El Bierzo pululan por doquier *quilobras, xanas, reñubeiros, cazcarranes* y otros seres que, con el paso del tiempo, llegue a identificar con naturalidad.

-Tenga cuidado con estos *diañes* -me previno ella- que cuando se le meten a uno en el cuerpo no hay *cristo* a sacarlos. Guardó silencio un rato y agregó:

-Mire, en Albares había una bruja, le llamaban la tía Pardala, y dicen las malas lenguas que se transformaba en gato negro y entraba por la gatera de la puerta de las casas para hacer fechorías. ¡Qué cosas tiene el *demoi*! ¿Verdad?

Leocadia, alias La Serrana de la Vega, a quien también le decían La Gallarda, hablaba alto y con acento simpático. Su lenguaje, no obstante, me resultaba hartamente extraño. Vivía en una casa grande, de doble planta, construida en piedra. Era una casa con tejado de pizarra a cuatro aguas, y tenía un vistoso corredor de madera, adornado con ristras de pimientos rojos y racimos de uvas pasas.

Antes de despedirnos, tomé dos copas de orujo con arándanos, que se me antojaron mezcal oaxaqueño.

La generosa y parlanchina viejecita me miró con una punta de ironía en sus verdosos ojos, y me advirtió: “Para que se acuerde de mí y tenga buena suerte con su bisabuelo, le obsequio un trozo de carbón. Sepa que en Albares hay un cofre escondido en alguna parte, que ahora no podría decirle. Me falla

la memoria, sabe. Lo que sí puedo decirle es que algunos del pueblo cuentan que este cofre está repleto de monedas de oro”.

Era la primera vez que visitaba España. Había llegado al Bierzo nomás en busca de mi bisabuelo. Y estaba viajando por la comarca con un escarabajo, uno de esos carritos que se utilizan en México.

Desde Albares de la Ribera el horizonte se recortaba serrano y azul. Era tiempo de suave calor, y el aire de junio y del Bierzo soplabla agradable, aromatizado por el heno de los campos. Una tierra de chopos, praderas y huertos ribereños se abría ante mí. Durante algún tiempo seguí una carretera, estrecha y tortuosa, hasta llegar a un lugar llamado La Ribera de Folgoso. Al lado de un río -el Boeza, me dijeron unas mujeres- estaban jugando unos niños con palos y bolas de madera.

-¿Chamacos, qué clase de juego es el que ustedes practican?

-No le entendí, señor, habla usted raro -me respondió un niño rubio con cara de travieso.

-Me gustaría saber a qué juegan -insistí.

-Jugamos a La Billa, señor -me respondió uno de ellos, con aire jovial y atrevido-. ¿No conoce este juego?

Los niños -eran cuatro, creo recordar- parecían entusiasmados con su juego, que a mí se me hizo bien curioso. Recorrí algunas calles. En este pueblo, de aspecto apacible, también me encontré con otros jóvenes, y algunas personas entradas en edad, que bailaban en una plazuela al son de una pandereta. Aquella tarde se me hizo brillante y luminosa como un amanecer en una playa de Acapulco. La recuerdo como algo maravilloso.

La panderetera, célebre en aquel lugar y sobre

todo muy querida por los vecinos, respondía al nombre de Ondina Caricia Tedejo. Era alta, rolliza, con el rostro arrugado. Por lo demás, lucía una amapola roja en su cabello gris. Representaba la edad de setenta años. Le pregunté si conocía a un tal Justo Bierzo Losada.

-Conozco a Justo Robledo Rodanillo -me respondió en un tono alegre y festivo-. Es un hombre de cuarenta años, de profesión minero.

-Mi bisabuelo no es tan joven, estimada señora -le respondí irónico y desilusionado.

-Si va a Folgoso de La Ribera -me dijo la panderetera- no deje de visitar el *Carballal*; allí encontrará *xanines* y, tal vez, a su bisabuelo.

Me quedé petrificado. Es como si de repente me sintiera apuñalado por la espalda. Mientras seguía envuelto en una nebulosa, la tal Ondina soltó una carcajada y continuó tocando la pandereta con mucho sentimiento.

-Y si se le ocurre ir a Bembibre -prosiguió la panderetera- no deje de preguntar por Ana María Gavilanes.

-¿Quién es esa señora y por qué me sugiere que vaya a Bembibre? -le pregunté con impaciencia y desconcierto.

-Era una monja visionaria -me contestó la pandereta con un hálito de misterio en los ojos.

“Y qué pinta una monja visionaria en todo esto”, pensé, pero no le dije nada.

No acertaba a saber en qué Ribera estaba, aunque soñaba con encontrar ríos de sangre, cascadas de oro, campos de herencia y quizá de esmeralda, fuentes de perlas, cielos azules y radiantes que me iluminaran al menos un poco. Necesitaba que alguien me aclarara cuanto antes dónde estaba mi bisabuelo.

A lo mejor había muerto hace tiempo. En cualquier caso, veía los paisajes del Bierzo con ojos de ilusión y esperanza.

En cuanto llegué a la villa de Bembibre me enteré de que mi bisabuelo se había ido a tocar el arpa con San Pedro hacía ya algunos años. Así es como decimos en mi país a quienes se van para el otro barrio. La muerte no perdona, y mi bisabuelo debía tener muchos años cuando murió.

-Don Justo era un gran mocetón y una bella persona -me recordó Valerio Mallo Otero-. Doy buena fe de él. Y esto me lo dijo con nostalgia y los ojos llenos de lágrimas. Valerio era un hombre bien conservado, a pesar de sus casi noventa y cinco años. Había sido alcalde de Igüña en 1934.

-¿Por qué lo trataban de don a mi bisabuelo?

-Don Justo era maestro de escuela -me contestó Valerio-. Ya sabe, a los maestros se les tenía un respeto. No como ahora, que nadie los tiene en cuenta.

Luego me enteré de que mi bisabuelo había trabajado en varias escuelas y pueblos del Bierzo Alto.

-Conocí a Don Justo en Quintana de Fuseros. Era más aficionado a jugar al tute que El Niño Jesús de Cacabelos -me dijo con una dulce sonrisa dibujada en el rostro. Y acto continuo se rascó la cabeza, arrugó la frente y agregó:

-A su bisabuelo también le gustaba tocar el redoblante y la dulzaina. Creo que, en una ocasión, el Ayuntamiento de Bembibre lo llegó a contratar para la fiesta del Santo Eco Homo. Y el 8 de septiembre de 1940 actuó en La Encina de Ponferrada.

-¿La Encina es una fiesta? - me atreví a preguntar.

-La Encina es la patrona y gran fiesta de la capital del Bierzo, -me respondió el señor Valerio, muy emocionado y orgulloso de su tierra.

Este viejecito, sensible y elocuente, me abrió su alma de par en par. Se entretenía -y a la vez me divertía- diciéndome quién había sido en realidad mi bisabuelo. También me contaba historias acerca del Bierzo. Me daba la grata impresión de que me estuviera hablando como si fuera su nieto o biznieto.

-La salida del Santo Eco Homo es cada siete años aquí en Bembibre -me explicó con devoción-. ¡Si se queda en El Bierzo, no se la pierda!

Valerio habitaba una antiquísima casa, construida en piedra labrada, que contaba con un espacioso patio, en medio del cual había un pozo museal, digno de exposición. Su casa, en realidad su mansión, estaba situada en el conocido barrio de la Villa Vieja de Bembibre.

-Cuando quiera visitarme, ya sabe dónde tiene su morada -me dijo con gran afecto.

Durante mi estancia en el Bierzo visité los pueblos en los que había vivido y trabajado mi bisabuelo: Villar de las Traviesas, Noceda del Bierzo, Quintana de Fuseros, Tremor de Arriba, Pardamaza.

En Noceda conocí a un poeta inédito. Se hacía llamar Camilo Ranero Fangoria. Era un auténtico dandy, una de esas personas que llaman la atención por su aspecto y modales, siempre vestido de punta en blanco, con sombrero de copa negro y una rosa roja en una oreja. Un tipo harto pintoresco. Alto y bien parecido.

-Ha llegado a La Suiza berciana, señorito -me dijo el poeta con mucha solemnidad, rayano a pedantería-, nada más que puse los pies en este pueblo alargado y casi interminable, como serpiente

prehistórica que estuviera durmiendo una siesta profunda.

-Montañas sí he visto, y muy hermosas, pero la línea férrea es más bien escasa en esta tierra -añadí sarcástico.

Los pueblos y aldeas por los que había pasado carecían de ferrocarril. Me recordaban a algunas poblaciones de México, aunque en El Bierzo tenían un semblante aún más silencioso. Recorrí incluso pueblos fantasma, perdidos y olvidados entre agrestes sierras, lugares que invitaban al retiro espiritual; aldeas habitadas por eremitas y seres mágicos de los que tanto me había hablado Leocadia Matarrosa Langre.

-Esta es una tierra ganadera y agrícola -me dijo Camilo Ranero-, aunque la mayor parte de los oriundos han trabajado en las minas de carbón. Sobre todo durante la posguerra hubo muchos que emigraron a América. Yo mismo estuve en Buenos Aires y en Nueva York. Vaya tiempos aquellos.

Cuando Camilo me hablaba de América se le ponía rostro de melancolía, se le humedecían los ojos y se le trababa la lengua.

En Villar de las Traviesas descubrí cómo había muchas personas, ya ancianas, que nunca habían salido de su aldea, ni esperaban poder hacerlo jamás, creo. Villar de las Traviesas es una aldea situada en las faldas de la sierra de Gistredo, en el noreste del Bierzo Alto. En este pueblo se contaban extraordinarias historias acerca de mujeres que tienen un poder, a veces letal, en la mirada, como si fueran basiliscos.

-Póngase un collar de ajos y apio -me advirtió una anciana encorvada y sombría-, que La Urcera puede echarle mal de *ollo*. O bien diga, más que nada para curarse en salud: "Si eres *bruxa* te *arreniego*, si

eres *demo vaite* al Infierno".

Durante la guerra civil española mi bisabuelo había llegado a vivir en Pardamaza. Una aldea con una treintena de casas, enclavada en un delicioso y casi incomunicado paraje, abundante en nogales y castaños. Esta aldea escondida, cercana a Villar de Las Traviesas, también se localiza en el noreste del Bierzo Alto, en las estribaciones de la sierra de Gistredo. Y sólo se ve cuando se está en ella. Uno tiene la impresión de trepar hacia el cielo en continuo zig-zag hasta llegar a este lugar perdido en el monte. En medio del camino, antes de alcanzar Pardamaza, está la población de Librán -donde me dijeron que había pinturas rupestres-, pero no llegué a visitarlas.

-En invierno, como es muy largo y muy frío, Pardamaza queda vacía -me explicó uno de sus habitantes.

Era un hombre de mediana estatura, algo calvo, con la nariz grandota y colorada como un pimiento morrón. Su conversación era amena. Y le gustaba contar parábolas. Durante los meses de verano regentaba un pequeño bar casero. Recuerdo que este buen hombre siempre tenía alguna botella de orujo para alegrar al visitante. En cuanto asomaban los primeros fríos otoñales, Antón El Buey, que así es como me dijo que le llamaban, se mudaba a Santa Cruz del Sil con su familia.

-Venga el 15 de agosto -me dijo Antón El Buey, humilde y generoso- que es la fiesta del pueblo. Se hace una gran romería. Está invitado de todo corazón.

Había llegado al Bierzo en busca de mi bisabuelo, y estaba descubriendo una región hecha de encantamientos y supersticiones. Y eso me

entusiasmaba. Me sentía en un mundo familiar y a la vez extraño, y dejé que mi imaginación danzara a ritmo de pandereta y tamboril.

Estaba en un lugar encantado, abundante en monasterios y castillos románticos y abandonados, enclavados en parajes para ser soñados más que para ser contados, que podrían servir de escenario a alguno de los muchos y monumentales capítulos que escribiera Cervantes.

El Bierzo, una comarca de cuyo nombre sí me estoy acordando, “un nombre que con el paso del tiempo terminará vibrando en los corazones universales”, pensé.

Continué mi visita por los pueblos del Bierzo hasta llegar a Tremor de Arriba, un pueblo minero, donde mi bisabuelo se había dedicado a cultivar el espíritu de los jovencitos. Un pueblo agujereado, herido y sangrante, herido pero no de muerte. Un lugar de hoyos llenos de incertidumbre y galerías casi sin fondo, cavernas habitadas por héroes de cuento fantástico, hombres entregados a los abismos, encargados de arrancarle, acaso arpegios, a las vetas. Tienen éstos el rostro ya negro, pero su alma siempre es valiente, poderosa, lírica.

-Yo cribaba carbón en la mina de Antracitas del Bierzo -me dijo Gervasia Almagarinos Regueras con resentimiento. Eran tiempos crudos.

-Creía que sólo los hombres trabajaban en las minas de carbón.

Gervasia me impresionó con su mirar profundo y sincero. Se fatigaba al hablar.

-No estoy silicosa. ¡No se vaya a creer! Es que de vez en cuando me aprieta el asma.

Gervasia se quedó un rato mirando al vacío, mientras respiraba con dificultad. Luego añadió:

-En los años de 1950 y 1960 la mina era un medio de subsistencia en El Bierzo Alto. ¡Por no decir el único!

-¿Y ahora?

-Por lo que sé, la minería en El Bierzo anda en crisis -me contestó malhumorada-. Oigo decir que es más rentable importar carbón de otros países. Eso dicen los que no están metidos en el ajo.

-¿Qué ocurrirá con los mineros bercianos?

-Eso pregúnteselo a los políticos -me espetó con cierto cinismo.

Estaba descubriendo un Bierzo subterráneo y entrañable, una tierra que mueve y conmueve. Con el paso del tiempo llegué a conocer a muchos mineros en esta comarca leonesa. Pero hay uno que ha quedado grabado en mi memoria. Se llamaba y se llama Esteban Viñales Canareza. Vivió su adolescencia en Oslo y en Irán, y desde hace diez años trabaja en la mina. Comenzó en la mina El Salgueiro como maquinista y después estuvo como picador en la mina La Sierra. Esteban es moreno, bajito y de complexión delgada. Sonríe con facilidad pero su mirada es triste.

-No le aconsejo este trabajo -me dijo con buenos sentimientos-.Yo lo hago porque no me queda otro remedio.

-¿Debe ser bastante peligroso el trabajo de picador? -le pregunté, sobre todo si padeces de claustrofobia.

-Peligroso... lo que se dice peligroso, no lo creo. De pascuas a ramos cae un costero y adiós el paisano... Aún quedan muchos chamizos en esta zona.

Esteban vivió en Quintana de Fuseros, un pueblo de montaña, donde mi bisabuelo había ejercido durante tres años como maestro de primaria.

El noreste del Bierzo es una tierra de montañas preñadas de carbón. “Sabía, El Bierzo fue en otro tiempo una verdadera tierra de oro”, me había enseñado Camilo Ranero Fontoria. Entonces, recordé la leyenda que me había contado Leocadia Matarrosa Langre a propósito de un cofre lleno de monedas de oro. “Visite Las Médulas -me había aconsejado Camilo, el poeta nocedense-. Allí aún hay oro”. “El Bierzo es una comarca de oro negro”, pensé, mas no le dije nada a Camilo El Poeta.

En varias poblaciones del Bierzo oí historias acerca de tesoros escondidos en castros. En Igüña me dijeron que había huevos de oro en el castro de San Martín de las Reguerinas. “Y en Noceda del Bierzo hay una cabra de oro en el castro de Ceruñales, donde todavía se oye tejer con hilos de oro a las moras, en horas de siesta”, acostumbraba a decir Eduviges La Coruxa.

La Tía Clavela, en cambio, me dio otra versión sobre la mítica cabra.

“La cabra de oro está enterrada en el corón de Valdequiso, se lo digo yo, y no se fíe de habladurías”, apostilló Pascuala Valdegalén Conforcos, alias La Tía Clavela.

Así son las leyendas. A cada pueblo que llegaba me contaban una diferente. En Folgoso de La Ribera había, al parecer, cubas de oro; en Tremor de Arriba polluelos de oro; en Castropodame un manto de oro; en Villadepalos un caballo de oro; en Balboa yugos de oro; en Páramo del Sil mulas de oro. Sin embargo, en Las Médulas no encontré oro, aunque Camilo Ranero me asegurara que aún lo encontraría. En cambio, pude contemplar, desde el mirador de Orellán, la medular, sustanciosa y rojiza puesta en escena de la luna al desnudo, una luna de cálidos colores, que me

estaba mostrando el rostro oculto, la guapa sonrisa de una luna de estío, en la que asoman penachos como queriendo alcanzar y aún tocar la Vía Láctea, el Camino de Santiago. “Hay miradores en El Bierzo que tocan esencias -imaginé-, y el mirador de Orellán es uno de ellos”.

El Bierzo me seguía pareciendo una comarca encantada, familiar en ocasiones. Hay algo en el minero berciano que me hace pensar en el carácter mexicano. Ese vivir el día a día, porque la vida bajo tierra siempre está pendiente de un hilo; y los mineros lo saben, aunque sea a nivel inconsciente. “La vida no vale nada -decimos en mi país-, y sobre todo cuando se labora a muchos metros de profundidad”. “La vida no vale nada en León Guanajuato”, como reza un dicho popular.

-Para qué voy a ahorrar dinero -me llegó a decir en una ocasión el entrañable Esteban Viñales Canareza-, si mañana igual me cae un costero y adiós muy buenas...

Estuve durante ocho meses recorriendo El Bierzo, intentando conocerlo a fondo, sentirlo como si fuera mío. Había alquilado una casa en Ponferrada, al lado de la Torre del Reloj. Era una casa balconada con sabor bien berciano. La verdad es que tenía un cierto parecido con la casa de La Gallarda, la afectuosa viejecita que me había invitado a saborear por primera vez botillo y orujo con arándanos. Desde aquel día me he convertido en un fiel amante de la gastronomía berciana. A veces iba a un lugar llamado La Moncloa, que está en Cacabelos. Allí me sentía como en mi propia casa, saboreando pimientos asados a la plancha, chorizos escaldados, empanada. También me aficioné a los vinos bercianos, a las guindas y cerezas en orujo. “Pruebe éste y este otro vinín -me

aconsejaba el jefe de la casa-; el Guerra va bien con este plato, y el Cabañas con este otro, y el Palacios de Arganza se deja beber con una tapa de cecina, y...".

Un hombre amable y servicial, el *chef*, el *patroncito*, como decimos en mi tierra, dispuesto en todo momento a hacer sentir bien a sus comensales y catadores de vino y licores.

La Moncloa se me hizo un lugar estupendo. Uno de esos restaurantes construidos y decorados con arte, que invitan al sosiego y al deleite; y le traslada a usted, peregrino, visitante o berciano, a otra época. Por su parte, Cacabelos me pareció un pueblo nobiliario y rico, con aroma a mención, regado por el río Cúa. Un pueblo hecho, a buen seguro, para acunar el espíritu del viajero.

“El Niño Jesús sigue jugando a la baraja -me había dicho Valerio Mallo Otero- con el cuatro de oros en la mano”, “y mi bisabuelo -pensé- debe estar a estas alturas con el as de oros en un Cacabelos metafísico”. De este modo fui descubriendo, o por mejor decir conociendo, un Bierzo fértil y vinícola.

Durante mi estancia en El Bierzo también visité la histórica y monumental Villafranca del Bierzo, que me dio la impresión de que fuera una ciudad de otro universo. Un Bierzo que durante el otoño se transforma en costa de oro. Un espacio que relaja y mece en sus olas de vid, un océano sabroso y embriagador, que dulcifica el paladar y refresca el alma. Estaba disfrutando de un espectáculo frutal y de un aluvión de aromas y colores. “El Bierzo nunca dejará de ser una comarca de oro”, acostumbraba a decir Camilo Ranero, desconocido poeta de Noceda, al que apodaban Ranero porque le gustaba jugar a La Rana. “No se olvide de visitar El Parnaso del Bierzo”,

me había sugerido El Poeta.

Me impresionó ver tanta belleza y un casi absoluto abandono de aquellos vestigios arquitectónicos, enmascarados, perdidos, solitarios, en aquel valle silencioso y mágico, habitado por *cuélebres* o *quilobras* -de las que me había hablado Leocadia, La Serrana de la Vega-. Había llegado al mítico Valle del Silencio, El Parnaso del Bierzo. En la Ermita de Santa Cruz vi una serpiente alada -la Sierpe de Rupiana-, lo que me recordó, una vez más, mi tierra. “Esta sierpe o serpiente alada -pensé- es como nuestra *Quetzalcóatl*”.

No quería irme del Bierzo sin visitar los Ancares leoneses. El tiempo parecía haberse detenido en aquel poblado, que se me antojaba megalítico, con una docena de casas construidas en piedra, con el techo de paja y una estructura ovalada. Miré las casas vacías, las puertas desportilladas, invadidas de hierbajos. Estaba en Campo del Agua. Continué contemplando la soledad de las aldeas *ancareñas*. En Balouta me topé con una muchacha joven, pálida y de hermosos ojos negros. Llevaba el cabello pintado de verde, con mechas de un rojo metálico. Me miró de reojo y con saña, y me dijo:

-Ya estoy harta de que nos vean como a bichos raros.

-No voy a filmarlos -le respondí-. No se preocupe. Sólo quiero visitar el pueblo.

Belén Sésamo Onamio, que así dijo llamarse la jovencita, se calmó, me pidió disculpas y me acogió en su casa. Era una palloza bien conservada. La había heredado de su abuela.

-Este es un buen lugar para curarse del estrés -se sonrió Belén.

-Balouta me recuerda la Colonia Ávila Camacho

de México, más conocida por El 47 -le respondí-. Allá, las gallinas también se pasean tranquilas por las callejuelas.

En realidad, el Bierzo tiene cierto parecido con el mundo rural mexicano. Hay como un aroma especial en ambos mundos.

En las pallozas de Balouta conviven en armonía animales domésticos y personas. Y eso se me hizo delicioso. Las gentes viven felices, o al menos tal parece, con lo que les ofrece la madre naturaleza.

A Belén le conté que venía de la capital más grande del mundo, Ciudad de México (DF). Una metrópoli extremadamente contaminada, donde se sufre de hacinamiento y sobrepoblación. Esta megalópolis -proseguí- tiene alrededor de mil quinientos kilómetros cuadrados de extensión, y una población que supera los veinte millones de habitantes. Una barbaridad. Como para estremecerse. En cambio, El Bierzo tiene el doble de extensión que la Ciudad de México, y ustedes no sobrepasan los ciento cuarenta mil habitantes.

-Yo no podría vivir en una ciudad así, de ese tamaño -agregó Belén con ojos de sorpresa.

-A mí comienza a resultarme difícil.

-Imagínese -continuó ella- El Bierzo goza de buena salud. Cuenta con aire puro, aguas frescas y cristalinas... grandes espacios naturales, como esta reserva natural de los Ancares.

No hacía falta que Belén me convenciera de algo obvio. No obstante, sentí que había llegado a una especie de paraíso natural, tras las huellas de mi bisabuelo, y eso me emocionó hasta estremecerme el alma.

Ahora, ya en la Ciudad de México, me imagino subido a la cumbre del Catoute. El Bierzo se arrulla,

polícromo y acogedor, en un regazo de soledad y silencio. Mientras tanto, sigo recordando aquellos versos que un buen día me regaló Camilo Ranero Fontoria, el desconocido poeta de Noceda:

En El Bierzo he visto
montañas de blancura,
reservados aunque generosos
bercianos de amable entereza,
y bercianas hermosas
que miran, callan y sienten
que saben, porque beben
el vino de las bodegas,
noble como su sangre,
oloroso y antiguo como su tierra,
tranquila gente que trabaja
y va minando la tierra.

